

nes se convertía en entusiasmo. De ello se tuvo la prueba cuando, en 1858, el emperador y la emperatriz visitaron la Bretaña, que aún no conocían. Dábase á ese viaje una importancia particular. Dicha provincia pasaba por ser obstinadamente fiel á la monarquía, de modo que las aclamaciones recibidas en aquella región tendrían doble valor. Los prefectos prepararon muy bien el terreno para las manifestaciones y encontraron celosos auxiliares en los curas. Cierto es que no se omitió nada para dar á la excursión imperial un carácter piadoso hasta transformarla casi en peregrinación. «El emperador ha querido celebrar su fiesta en Santa Ana de Auray, al pie del altar de vuestra venerada Patrona, decía el prefecto de Morbihán... De hoy más, el emperador, la emperatriz y el príncipe imperial se hallarán, como todos los verdaderos bretones, bajo la protección de Santa Ana... Que vuestras aclamaciones digan á Francia que puede contar con vuestra abnegación el soberano que ha devuelto la paz al mundo y su trono á Nuestro Santo Padre el Papa.» Estas palabras encantaron al *Universo*, al extremo de que se constituyó historiógrafo del viaje. Este fué triunfal. En todas partes se presentaron comisiones, presididas por curas y precedidas de banderas, á saludar á los emperadores á su paso, y por las noches, al son del oboe y de las chirimías, hubo danzas del país. El francés, el latín y el bajo bretón fueron empleados para alabar dignamente á los augustos viajeros. Todas las arengas sacerdotales se parecían. Empezaban por ensalzar al príncipe «que la Providencia había suscitado para detener al borde del abismo la Francia y la Iglesia,» y acababan con una petición de subsidio para la restauración del templo ó la reconstrucción del campanario. El emperador contestaba con una amenidad algo distraída, y, siempre generoso, daba sin medida. El 15 de agosto, los soberanos llegaron á Auray, y conforme habían prometido, se arrodillaron ante la santa imagen. Después de haberse repetido mutuamente, durante unos cuantos días, que Bretaña era la provincia más hermosa de Francia y que el emperador era el salvador de la sociedad, hubo que pensar en el regreso. La última etapa fué Ren-

nes, y el obispo, monseñor Brossis-Saint-Marc, se encargó de proporcionar el epílogo. Pareció oportuno que su lisonja superase á la de los simples curas tanto como él superaba á éstos por su rango. «Sobre todo, dijo, conviene que el clero os ofrezca su tributo de gratitud... á vos, Señor, el heredero del restaurador de nuestra santa religión; á vos, el sostén del papado en el siglo XIX; á vos, de todos los monarcas franceses desde San Luis, el más adicto á la Iglesia y á su obra de civilización y de progreso.» A quien le convertía en un San Luis, el emperador no podía contestar mejor que convirtiéndolo en arzobispo. Y así lo hizo. De este modo Rennes, simple obispado, fué convertida en ciudad metropolitana. Por la noche, en un banquete del consejo general, Napoleón quiso expresar por última vez sus simpatías por aquel pueblo de Bretaña, «pueblo monárquico, católico y soldado.» Este fué un adiós á la vieja Armórica. Enrique V no hubiera hablado mejor, ni de distinta manera.

Al día siguiente los soberanos estaban de regreso en París, donde pudieron ver reproducidas en *El Universo* las alabanzas que habían resonado en Bretaña. «Ese viaje, decía Veuillot, es un acontecimiento religioso, su influencia será considerable en el mundo... El emperador ha realizado un acto y pronunciado palabras que valen más que el beneficio de una batalla. Se nos reprocha nuestro celo imperialista: este celo es desde luego el de la religión, después el de la paz civil y, finalmente, el de la gloria francesa, tres cosas que salvarán la libertad (1).»

Sucede á veces que en las lunas de miel los mejores días son los últimos. Era en el momento de oscurecerse para siempre cuando la alianza del Imperio y el clero despedía sus más hermosos destellos. Un mes antes de esa piadosa peregrinación bretona, Napoleón III había hecho un viaje muy distinto. Esta vez el protector del Soberano Pontífice se había encaminado hacia Plombières, donde encontró á Cavour.

(1) *El Univers*, 24 de agosto de 1858.

LIBRO DUODÉCIMO

LAS ELECCIONES DEL AÑO 1857

SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—La primera renovación del Cuerpo legislativo.—Algunas señales casi imperceptibles que marcan un ligero despertar de la opinión pública.—Últimos trabajos del Cuerpo legislativo; su separación.—De cómo es proclamado el sistema de la candidatura oficial.—El período electoral en los departamentos: eclipsamiento de los liberales y de los hombres de los antiguos partidos: doble solicitud del gobierno para evitar las abstenciones y las luchas entre imperialistas: el Sr. de Montalembert en Doubs.—Período electoral en París: comité que se reúne en casa del Sr. Desmarest y en el cual dominan los hombres de 1848: los «jóvenes» del partido y apoyos que encuentran: escisión: el Sr. Ollivier y el Sr. Garnier-Pagés; las dos listas democráticas: causas que en París sirven de ayuda á la oposición: últimas circulares de Billault y de Haussmann.—El escrutinio (21 y 22 de junio).—Resultados en provincias y en París: comentarios é interpretaciones sobre las elecciones de París: de cómo el *Monitor* cierra la discusión.

II.—Acontecimientos diversos: muerte y funerales de Beránger.—Complot de Tibaldi é indicios contra Ledru-Rollin.—Fiestas del verano: inauguración del Louvre: maniobras en el campo de Châlons: noticias de Kabilia: entrevistas de príncipes en Osborne y en Estuttgart.—Procesos célebres: Dupin en el Tribunal de casación.—Muerte y funerales de Cavaignac.

III.—Reunión del nuevo Cuerpo legislativo: su fisonomía: incidentes temidos y evitados.—La oposición: su debilidad presente é indicios de su fuerza futura: elecciones complementarias.—*Los cinco*.

I

Hemos estudiado la sociedad francesa durante los primeros años del Imperio; la hemos estudiado en su gobierno, en sus partidos, en su vida religiosa. Para presentar los hechos al lector desde un mejor punto de vista general, hemos tenido que adelantarnos unas veces á los acontecimientos y, en otras ocasiones, remontar su curso. Ahora debemos reanudar el orden riguroso de fechas y continuar nuestra narración.

Al cabo de cinco años, el gobierno nacido del golpe de Estado y del plebiscito iba á apelar de nuevo al sufrágio popular. El año de 1857 traía, en efecto, la renovación del Cuerpo legislativo. Este capítulo no será largo, pues la docilidad de las masas y el prestigio entonces intacto del poder hicieron que aquella consulta nacional fuese sumaria y poco ruidosa.

No es que algunas señales no hubiesen parecido marcar un ligero, muy ligero despertar de la opinión pública. En algunos centros políticos se hablaba ya de la distribución de los boletines electorales. ¿Serían éstos asimilados á los «libros, escritos ó folletos,» y sometidos por consiguiente á la ley de 1849 sobre la venta pública, ley que obligaba á todo repartidor ó vendedor ambulante á proveerse de una autorización prefectoral? El tribunal de casación, con extraordinario rigor, había consagrado esta interpretación judaica y osado considerar como un escrito la simple papeleta electoral impresa. Pero los tribunales de apelación de Riom, de Lyon, de Amiéns y de Aix habían protestado con sus decisiones contra aquel fallo que habían combatido los principales colegios de abogados de Francia consultados sobre el particular. Los antiguos miembros de la Asamblea legislativa, autores de la ley, se habían alzado contra la extensión abusiva que se daba á su pensa-

miento. Sobre este terreno, los hombres más moderados, los más favorables al gobierno imperial se habían unido en una desaprobación común; y Montalembert, al señalar al Cuerpo legislativo la nueva jurisprudencia, había encontrado en sus colegas un favor discreto que era casi una adhesión.

Otro síntoma era el tono de los periodistas, no osados, pero algo menos tímidos, atentos á aprovecharse de toda tolerancia oficial y echando, por decirlo así, la sonda á fin de ver hasta dónde podían arriesgarse sin estrellarse en los escollos.

A principios de 1857 se publicó un libro que era obra de un diputado de la mayoría, el doctor Verón, y pretendía resumir los trabajos del Cuerpo legislativo. La obra armó ruido, no por el talento, que era nulo, sino á causa de los deseos que parecía interpretar. En un lenguaje lleno de contradicciones y singularmente mezclado de adulaciones y críticas, Verón pedía que los debates del Palacio Borbón fuesen rodeados de mayor publicidad, que el papel del Senado adquiriese mayor importancia y que los periódicos tuviesen trabas menos estrechas: pero se pronunciaba enérgicamente contra toda vuelta al parlamentarismo, y atenuaba tanto su crítica que ésta perdía casi todo su alcance. ¿Qué se proponía el doctor Verón? Su libro era la aspiración de un sibarita impaciente, la humorada de un burgués de París revoltoso, la venganza de un hombre descontento del papel secundario y despechado de haberse quedado en el camino? En aquel libro muchos creyeron ver el programa colectivo de algunos diputados y de ciertos personajes oficiales inclinados nuevamente á una política, si no liberal, tolerante al menos.

Tales eran las señales de despertamiento, pero tan débiles que, para discernirlas, se necesitaba tener ojos muy experimentados y un optimismo muy robusto. En

el fondo y a pesar de esas evoluciones parciales, indecisas, mal delineadas aún, la verdad se hallaba en las líneas que trazó en aquella época Saint-Marc-Girardin: «En materia de liberalismo el país se ha quedado casi a la temperatura del hielo fusible, el gobierno un poco más elevado que el país, y el emperador un poco más elevado que el gobierno.» Aconsejaba á sus amigos que se presentasen en las elecciones, pero añadía con una ironía resignada: «Sin embargo, no les prometemos mucho placer, ni mucha gloria (1).»

En mayo de 1857, el Cuerpo legislativo terminó sus últimos trabajos. Votó un código de justicia militar que atenuaba las penalidades severísimas del anterior (2). Aprobó la concesión de la línea del Gran Central, parte á la compañía de Orleans y parte á la compañía de Lyon (3). La ley de Hacienda de 1858 fué en fin votada, y aunque la situación pareciese entonces favorable, no lo fué sin que los diputados repitiesen sus prudentes consejos. El ponente de la comisión, Alfredo Le Roux, sin dejar de felicitarse de que los presupuestos se saldasen con superávit, hacía observar que «el excedente final se había obtenido merced á elementos de ingreso transitorios, aplazamientos de gastos y medios temporales que quizás sería difícil continuar en los ejercicios sucesivos.» Llamaba la atención sobre la cifra relativamente elevada de la deuda flotante; aconsejaba que se suprimiesen de una vez los créditos suplementarios, que no se abusase de los créditos extraordinarios y que no se hiciese uso sino con mucha prudencia de la facultad de operar transferencias de crédito. Antes de desaparecer, el Cuerpo legislativo predicaba, pues, por última vez, la economía, la circunspección y la desconfianza en los proyectos demasiado vastos, saludables ideas que más tarde fueron olvidadas ó desatendidas.

El 28 de mayo se publicó un decreto pronunciando la disolución de la Cámara; y pocos días después el *Monitor* consagró uno de sus artículos más bien estudiados al elogio de aquellos cuyos poderes espiraban. Les elogió no solamente por lo que habían hecho, sino que también y sobre todo por lo que habían dejado de hacer. No habían «creado ó derribado ministerios,» como las antiguas Asambleas; no habían «convertido la tribuna en un pedestal para su vanidad ó su ambición;» no habían deliberado en medio de las pasiones políticas; no habían «improvisado aquellas enmiendas que antiguamente trastornaban toda la economía de las leyes (4).» Estos testimonios negativos parecieron más exactos que lisonjeros. Los mismos diputados opinaron que la oración fúnebre carecía de grandeza, y los más modestos hubieran deseado que se les felicitase menos por lo mucho que dejaron de hacer. Pero no se detuvieron en tales observaciones malhumoradas, pues se ocupaban más en buscar un nuevo mandato legislativo que en epilogar sobre el que acababan de concluir.

Fijáronse las elecciones para el 21 de junio. ¿Tendría el gobierno sus candidatos? Sin duda alguna. El 30 de mayo, una circular del ministro del Interior, Sr. Billault,

(1) *Diario de los Debates* del 8 de junio de 1857.

(2) Ley de 9 de junio de 1857 (*Bulletin des lois*, 1857, segunda parte, págs. 457 y siguientes).

(3) *Bulletin des lois*, 1857, segundo semestre, págs. 241 y siguientes.

(4) *Monitor* del 12 de junio de 1857.

lo proclamó en términos nada equívocos: «El gobierno, escribía á los prefectos, dirá claramente cuáles son los nombres que poseen su confianza y le parecen merecer la de las poblaciones. De la misma manera que propone las leyes á los diputados, propondrá los candidatos á los electores y éstos escogerán.»

¿Quiénes serían los candidatos oficiales? En ese orden de ideas, se habían puesto en juego poderosas influencias en las Tullerías á fin de privar del patronato administrativo á todos los diputados que durante la legislatura anterior habían osado afirmar su independencia. En tales coyunturas, el Sr. de Morny se había convertido en campeón de sus colegas, pidiendo, con su tacto habitual, que se favoreciese á los servidores independientes, en vez de proscribirlos, y había protestado enérgicamente contra las categorías que un celo mezquino y servil procuraba establecer. Ese criterio había triunfado no sin trabajo y sin lucha. «Salvo algunas excepciones impuestas por necesidades especiales, escribió Billault en su circular de 30 de mayo, el gobierno ha considerado justo y político presentar á todos los diputados salientes.» De los hombres notables del antiguo Cuerpo legislativo, no fué combatido ninguno, á excepción de Montalembert, que por su oposición se había colocado fuera del destino común, y que quizás hubiera declinado la protección imperial en vez de buscarla.

«A los amigos nuestros que entren en el Cuerpo legislativo, había dicho Saint-Marc-Girardin, no les prometemos mucha satisfacción ni mucha gloria.» A esa doble penuria de placer y de honor se añadía la dificultad casi insuperable de la lucha contra la candidatura oficial. El trabajo era grande y el provecho tan poco envidiable como incierto; por esto la mayor parte de los liberales se abstuvieron, de modo que el terreno se encontró naturalmente despejado. Los legitimistas se hallaban retenidos por la necesidad del juramento; los orleanistas no creían que hubiese llegado su hora y sabían que el sufragio universal no les era favorable; los republicanos no tenían probabilidades de éxito más que en las grandes ciudades.

Casi desembarazada de sus adversarios, la administración no tuvo en realidad más que dos cuidados. El primero fué el de combatir las abstenciones que, de multiplicarse, hubieran parecido frialdad ó indiferencia. El segundo consistió en disciplinar á sus propios amigos, cosa que ofreció grandes dificultades. En 1852, como el nuevo régimen aún no inspiraba entera confianza, los deseos de ser puesto en candidatura habían sido menores que el celo del gobierno en ofrecerlos. Al cabo de cinco años, el Imperio había adquirido la reputación de un régimen al cual convenía servir, y á medida que vió subir el nivel de su fortuna, vió aumentar también el número de sus partidarios. Casi en cada departamento, varios hombres notables, alcaldes de importantes poblaciones, consejeros generales, agricultores, industriales, etc., aspiraban á un puesto en el Cuerpo legislativo. Eran tan adictos como los diputados salientes, y quizás lo hubieran sido más aún por emulación; por lo demás, hubieran tenido iguales probabilidades de éxito, si la administración les hubiese puesto en candidatura. De ese conflicto de ambiciones nacieron solicitudes ardientes cerca de los prefectos, del ministro del Interior

y con frecuencia de Napoleón mismo. Ya los había que recorrían las poblaciones rurales pidiendo votos, valiéndose de una carta de algún alto personaje, repitiendo algunas palabras escapadas al soberano, y diciéndose tan «candidatos del emperador» como el que más. En tal abundancia de amigos, la elección hubiera podido parecer difícil. Abandonar á los antiguos candidatos oficiales era una ingratitud; rechazar á los que se ofrecían era arrojarlos quizás en la oposición; proclamar la neutralidad era debilitarse á sí mismo, y quizás en provecho de algún otro candidato decididamente hostil, que surgiría á última hora. En tal situación, la mayor parte de los prefectos, apoyados en las instrucciones del ministro del Interior, no se guiaron más que por el interés de la disciplina general y, sin tener en cuenta las protestas, proclamaron enemigo á todo el que opusiese una candidatura á la candidatura oficial. Sus circulares son verdaderas excomuniones contra todos los disidentes.

A esas imperiosas prescripciones otros prefectos añadieron ditirámicas efusiones. «El gobierno quiere el triunfo de sus candidatos como Dios quiere el triunfo del bien dejando á cada uno la libertad del mal,» escribió á los alcaldes el prefecto del Dordoña.

Al comparar al gobierno con Dios, dicho prefecto era en verdad excesivamente modesto. Esa «libertad del mal» que Dios nos deja, el gobierno, más ambicioso, sólo la dejaba á medias, como lo atestiguan los perances de los raros, rarísimos candidatos liberales que osaron abrirse un camino independiente. Todo eran dificultades para ellos: dificultades para encontrar un impresor, repartidores y fijadores de carteles; dificultades por falta de periódicos á su disposición; dificultades por la prohibición de reuniones; dificultades por la hostilidad de los funcionarios, la vigilancia de la policía, los retrasos de correos y hasta la timidez de los amigos; dificultades, en una palabra, tan grandes que muchos se cansaron á medio camino y renunciaron á la lucha.

Fijábase la atención pública particularmente en el departamento del Doubs, donde la administración había presentado enfrente de Montalembert la candidatura de un nieto del mariscal Moncey, como para oponer á la ilustración presente la memoria de una grande ilustración pasada. El antiguo jefe del partido católico había dirigido á sus electores una circular desdenosa, que más que una demanda parecía un adiós altivo y triste. La derrota estaba prevista. A Montalembert, odioso á los demócratas, sostenido á medias por el clero, combatido por la administración, no le quedaba más que el recuerdo algo borroso de sus grandes servicios. El mismo se ofrecía para el ostracismo y parecía poco deseoso de recuperar su puesto en aquel Cuerpo legislativo en donde tanto había sufrido su alma libre.

Tal era en provincias la situación electoral. He aquí lo que al mismo tiempo sucedía en París.

A pesar de su decadencia, el partido democrático no había querido desperdiciar tan solemne ocasión de medir las simpatías que le quedaban en la capital. Habíase formado en casa del abogado Desmarest un comité que se componía casi exclusivamente de antiguos miembros ó ministros del gobierno provisional. A pesar de ciertas opiniones procedentes del destierro y que aconsejaban la abstención absoluta, se acordó presentar candidatos en cada una de las circunscripciones del de-

partamento del Sena. Los candidatos electos prestarían ó se negarían á prestar el juramento, según lo que les inspirase su conciencia. Formóse una lista en que figuraban el general Cavaignac y los señores Carnot, Goudchaux, Bethmont, Garnier-Pagés, Julio Simón y Bastide: todos eran *hombres de 1848*, como se decía entonces, y todos eran de avanzada edad, excepto Julio Simón, á quien el porvenir reservaba tan larga y brillante carrera. Pero, había que dejar siquiera un puesto al elemento joven. En la décima circunscripción, la peor de todas, se decidió presentar un joven abogado, cuyo saber, integridad y elocuencia se alababan mucho; era hijo



Billault

de un proscrito de 2 de diciembre y se llamaba Emilio Ollivier; seguramente iba á ser derrotado, pero haría su aprendizaje político y saldría de la obscuridad; y se tenía la certeza de que tal honor, aunque fuese estéril, lejos de provocar sus reclamaciones, sería aceptado por él con agradecimiento.

Con motivo de esta candidatura, objeto de tan desdenoso favor, estalló la división entre los demócratas al extremo de inspirar temores respecto al éxito definitivo. Al lado de los republicanos de 1848 empezaba á formarse un grupo nuevo, grupo que veremos crecer en lo que resta del reinado y que más tarde llegará á punto para asumir y conservar la dirección de los negocios públicos. Este grupo se componía de unos cuantos periodistas y sobre todo de jóvenes abogados apenas salidos de la Escuela, pero ya llenos de ambición. Su principal punto de reunión era cada lunes la Conferencia de los abogados, esa modesta arena en que se decidió más de una fortuna. A veces se ponían celosos unos de otros, pero casi siempre se ayudaban mutuamente. Juzgaban con toda la desapiadada severidad de sus pocos años á los *hombres de 1848*, á quienes reprochaban sobre todo dos cosas: el haber sido unos cándidos y el haberse dejado vencer.

Se burlaban sin piedad de los doctrinarios que, de Londres ó de Bruselas, predicaban la denegación del juramento: «¿A qué molestar á los lectores, decían, si se tiene la resolución de no tomar asiento en la Cámara?» Sin duda, deseaban la República, pero mientras tanto se proponían colocarse en un sólido terreno de oposición constitucional, desde cuyo terreno vigilarían lo porvenir y atenderían á los intereses de su partido sin descuidar los suyos propios. Uno de aquellos jóvenes abogados, Ernesto Picard, era individuo del consejo de administración del *Siècle*: conquistó á Havin, director del periódico, y encontró un aliado en Neffizer, futuro director del *Temps* y entonces redactor de la *Presse*. De los conciliábulos de aquellos hombres nuevos nació la idea de revisar las candidaturas del comité Desmarest y poner bajo el poderoso patronato del *Siècle* la lista muy reformada. Ollivier fué designado, no para la décima circunscripción, sino para la cuarta, en substitución de Garnier-Pagés, hombre excelente, decían, pero vanidoso, impopular, incapaz, y que se había aprovechado demasiado tiempo de la fama de su hermano. No se limitaron á ese los cambios. Por un raro capricho que el talento no justificaba, un redactor de la *Presse*, llamado Darimón, fué designado para la séptima circunscripción en lugar de Bastide. En la octava Julio Simón fué reemplazado por Vavin. Para la primera circunscripción fué adoptada la candidatura de Leboulaye, redactor del *Journal des Débats*: era un medio de dar á la lista en conjunto un carácter moderado, de atraerse á los *Debates* y por ende, á su juicio, la burguesía.

Ante la audacia de sus auxiliares transformados de pronto en disidentes, los miembros del comité Desmarest quedaron estupefactos de asombro y de cólera. Eran personas de bien, de elevación de alma y de íntegra probidad, pero tenían algo de pontífices, y como en días fugaces habían gobernado y hasta dejado caer la República, se creían llamados á dirigirla para siempre. Prodigaron irritadas burlas á sus mezquinos rivales. ¿Quién era Emilio Ollivier? Picard respondía de él: pero ¿quién respondía de Picard? Ollivier escribió á Garnier-Pagés proponiéndole que se retirasen los dos: Garnier-Pagés contestó con una irritada negativa: Ollivier, resentido en lo más vivo, replicó á su vez con una altanería que rayaba en insolencia. Después de varias tentativas de conciliación, se publicaron las dos listas, una de nombres conocidos y pertenecientes á lo que podría llamarse la aristocracia republicana, y la otra oscura, pero fuertemente apoyada por el *Siècle* y los *Debates*.

En aquellas divisiones intestinas, ¿no iba el partido, republicano á destruir sus últimas probabilidades de triunfo? Esto era lo más verosímil. Pero no resultó así. En vísperas del escrutinio manifestóse un inesperado movimiento en la población parisiense. Las listas de candidatos publicadas en los periódicos eran leídas, discutidas y comentadas. En las perspectivas ya remotas del pasado, las faltas, los errores y las locuras del partido democrático empezaban á borrarse; hacía diez años que las calles estaban tranquilas: ¿no era oportuno dar al Imperio una lección, lección inofensiva, é introducir una ligera nota discordante en el concierto demasiado unánime de las aprobaciones? La crisis de los alquileres estaba en su período agudo, y el descontento nacido de esta causa influiría sin duda en la votación. El

gobierno presintió aquellas disposiciones. El día antes de la votación, Billault, ministro del Interior, y Haussmann, prefecto del Sena, denunciaron con gran dureza de lenguaje los propósitos de la renaciente facción republicana. Pero ¿qué podían aquellas advertencias, cayendo en medio de las masas parisienses, que por su nombre y por su disposición de ánimo escapaban á todas las solicitudes y á todas las habilidades de la candidatura oficial?

El 21 y el 22 se abrió el escrutinio. En provincias el triunfo del gobierno fué general, gracias á su actividad y gracias sobre todo á la indiferencia pública. Derrotó á todos sus adversarios, incluso Montalembert (1). Apenas se pudo consignar el nombramiento de cuatro ó cinco candidatos combatidos: Pichón y Brame en el Norte, ambos independientes, pero no hostiles; Curé en Burdeos y Henón en Lyon, adictos uno y otro, sobre todo el segundo, al partido democrático. Aquel éxito estaba previsto. Donde tenían puesta la atención las gentes á quienes todavía interesaba la política, era en París. De las diez circunscripciones del Sena, los republicanos ganaron cinco, pues fueron elegidos los señores Carnot, Goudchaux, Cavaignac, Ollivier y Darimón.

A pesar de los peligros de la crítica, los adversarios del gobierno no resistieron al deseo de poner de manifiesto lo que ellos consideraban como la moral de las elecciones. En las provincias en que la candidatura oficial no había encontrado obstáculos, la victoria imperial fué completa: en París, donde la presión del gobierno no había podido ejercerse de igual modo, el cuerpo electoral se había dividido, yéndose los unos con el poder y los otros con la oposición. De esto se deducía que las elecciones parisienses, las únicas exentas de dolo, violencia ó fraude, eran también las únicas que tenían un valor moral y las únicas que contarían á los ojos del extranjero y más tarde á los ojos de la historia. Ante esta afirmación, más temeraria que verdadera en el fondo, el gobierno, al principio, guardó silencio, ya porque la paradoja le pareciese demasiado grosera, ya porque estimase que los partidos derrotados tienen, como los litigantes que han perdido un pleito, veinticuatro horas para maldecir á sus jueces. Como el argumento se renovase, los periódicos que habían tenido tal atrevimiento fueron amonestados ó suspendidos. Y como continuaran las insinuaciones, el *Monitor* invitó á las gacetas, en términos conminatorios, que pudiesen fin á su polémica (2). El aviso era demasiado claro y terminante para que no fuese atendido. Un solo periódico, que se imprimía en el fondo de la Bretaña, fingió no haber oído nada y, con una tenacidad verdaderamente armórica, prolongó los comentarios. Una suspensión de dos meses castigó su obstinación. Después de lo cual todo volvió á entrar en el orden acostumbrado.

II

Aquellos rigores eran inútiles. Habían de transcurrir todavía muchos años antes de que el país volviese á entregarse á la política electoral. Otros acontecimientos,

(1) Montalembert tuvo 4.078 votos sobre 29.022 votantes. (Véase *Montalembert en Franche-Comté*, por Mgr. Besson, páginas 126 y siguientes.)

(2) *Monitor* del 10 de julio de 1857.

otros espectáculos y otras ideas absorbían ya la atención de tal manera que nadie se acordaba ya del Cuerpo legislativo renovado.

El 16 de julio, en el momento de terminar en París las elecciones de empate, se supo que Beranger acababa de morir. Era uno de los últimos representantes de aquel extraño partido que en tiempo de la Restauración combatió al primero de nuestros gobiernos constitucionales, abrigando sus reivindicaciones bajo los recuerdos del despotismo más terrible que había existido jamás. Nunca se dirá en voz bastante alta ni con bastante energía los funestos gérmenes de discordia, de desconfianza y de perturbación que aquel partido echó en nuestro país. Envenenó el manantial de los dos bienes públicos más grandes, á saber: la autoridad tradicional y la libertad misma. De todos aquellos fautores del mal, Beranger había sido uno de los más culpables, pues no tenía, como los valientes soldados del Imperio, la excusa de la cólera, de la derrota ó de la ignorancia. La popularidad, una popularidad malsana, pero inmensa, recompensó aquella obra de confusión, y, por el más extraordinario de los errores, se habían acostumbrado á venerar como el patriarca del liberalismo á uno de los más grandes corruptores de la idea liberal. Habiendo sonreído á la Revolución y al Imperio, Beranger, á la hora de su muerte, merecía ser reivindicado por uno ú otra. El gobierno imperial tomó la delantera. Cuando se supo que el gran cancionero se hallaba en la agonía, la emperatriz, por una inspiración algo excesiva si no hubiese sido calculada, hizo preguntar por su estado y se abstuvo de ir á una representación teatral á que debía asistir aquella noche. Luego que hubo expirado el enfermo, se acordó que las exequias del *Poeta nacional* se celebrarían á expensas de la lista civil. Pagando los funerales, Napoleón se reservaba el derecho de confiscar el cadáver. Repitióse el mismo aparato desplegado tiempo atrás en el entierro de Arago, pero con más pompa y con la presteza adquirida por la costumbre. «Me entero, decía en su manifiesto el prefecto de policía, me entero de que varios hombres de partido buscan la ocasión de repetir los desórdenes de otras épocas. El gobierno no sufrirá que una manifestación tumultuosa substituya al duelo respetuoso y patriótico que debe presidir á los funerales de Beranger.» Para apartar á la muchedumbre, se invocaba la voluntad del difunto que había encargado que se le enterrase sin discursos y sin ruido. Por consiguiente, se dispuso de antemano el fúnebre cortejo, «que se compondría únicamente de las comisiones oficiales y de las personas provistas de invitación.» El 18 de julio, al mediodía, hora de las exequias, la calle de Vendôme en que moraba el difunto vió acudir gran multitud, pero de soldados y funcionarios de uniforme. Los guardias de París montados abrían la marcha, y la cerraba un escuadrón de húsares: en todo el trayecto, hasta la iglesia de Santa Isabel y desde la iglesia hasta el cementerio, la carrera se hallaba cubierta por destacamentos de todas las fuerzas de París: en las calles adyacentes, una nube de municipales, afijidos sin duda, pero inflexibles, rechazaban con energía á los amigos demasiado turbulentos del difunto. El cortejo se encaminó hacia el cementerio del Padre Lachaise con una mezcla de pompa extraordinaria y de apresuramiento inusitado. De las ventanas y de los te-

jados llenos de gente partían de vez en cuando aclamaciones. Cuanto más ruidosas eran las manifestaciones, más se apretaba el paso, á impulsos del cumplimiento de los honores oficiales y del deseo de descargarse pronto del cadáver. Finalmente, por el camino más corto, se llegó á las alturas de la gran necrópolis, y el féretro fué bajado silenciosamente á la tumba de Manuel.

Mientras conducían á Beranger á su última morada, se hablaba casi públicamente de un complot contra la vida del emperador. Unos extranjeros, italianos según se decía, habían sido presos, y en sus domicilios la policía había encontrado armas y cartas que no dejaban subsistir duda alguna acerca de su intento. El 22 de julio, un suelto del *Monitor* confirmó el rumor general y anunció que un próximo proceso pondría de manifiesto aquellos manejos criminales. El 6 de agosto, tres italianos llamados Tibaldi, Grilli y Bortolotti comparecieron ante la Audiencia. El primero era un óptico que residía en París desde 1850, pero que había hecho varios viajes á Londres; los otros dos eran miserables comparsas asalariados y recién llegados de Inglaterra. Tres cartas de Mazzini interceptadas en correos, el secuestro de una maleta perteneciente á Tibaldi y que contenía puñales y pistolas, las contradicciones de los dos últimos acusados, contradicciones seguidas de confesiones, tales eran los elementos principales de la acusación. Tibaldi fué condenado á la deportación, y cada uno de sus dos compañeros á quince años de presidio.

Lo importante no era imponer una pena á aquellos vulgares culpables, sino castigar á sus instigadores ó al menos denunciarlos á Europa. Las cartas interceptadas establecían la culpabilidad de Mazzini. La sumaria pretendió llevar aún más alto las responsabilidades y sorprender, en fin, con las manos en el crimen, á uno de los desterrados de Londres que hasta entonces habían desconcertado todas las sospechas. En tres interrogatorios sucesivos (1) el acusado Bortolotti había afirmado que en abril de 1857 estuvo en Londres, en casa de Mazzini, acompañado de un tal Massarenti; que allí vió á un francés, alto, grueso, de bigote, cuyo nombre fué pronunciado en su presencia y que, decía él con su acento italiano, se llamaba *Drou-Rolline*. *Drou-Rolline* habló delante de él un rato con Mazzini. ¿De qué? El acusado declaraba que nada comprendió, porque ambos se expresaban en francés; pero Massarenti le dijo que hablaban de las costumbres del emperador, el cual, según Mazzini, salía con frecuencia solo y, según *Drou-Rolline*, iba siempre acompañado. La información juzgó que *Drou-Rolline* significaba Ledru-Rollin. A este indicio se añadía otro. Bortolotti, antes de marchar á París, había ido en busca de Massarenti y, alegando su miseria, le había pedido dinero: «Mazzini te dará, parece que contestó Massarenti, pero en este momento no tiene; yo tampoco y no lo tendré hasta que *Drou-Rolline* lo haya proporcionado (2).» ¿Qué fuerza probante convenía atribuir á la declaración de un acusado? Aquella conversación en francés, referida como oída contar por un italiano que la había presenciado sin comprender nada de ella, ¿merecía ser recogida? Aquel nombre de

(1) 16 de junio, 9 y 17 de julio, acta de acusación (*Gazette des Tribunaux*, 7 de agosto de 1857).

(2) Acta de acusación é interrogatorio de Bortolotti (*Gazette des Tribunaux*, 7 de agosto de 1857).